

# 1

## Enfocar el Círculo de Viena

### *MIDNIGHT IN VIENNA*

Para hacer justicia de forma cabal a la historia del Círculo de Viena, necesitaría ser todo un artista.<sup>1</sup> Me temo, sin embargo, que no lo soy.

Ojalá tuviese la magia de Woody Allen para atraer al lector hasta el interior de un taxi y ofrecerle mi visión de una *Midnight in Vienna*, llevándolo de manera espontánea a diversos momentos del rico pasado de mi ciudad natal. La mayor parte del tiempo, al apearse del vehículo, se encontraría en algún momento de los años de entreguerras; pero de cuando en cuando también se vería en uno de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y, de fondo, oiría vagamente la música de *El tercer hombre*. Con todo, si quiero empezar como está mandado, no tendría más remedio que llevarlo hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial con banda sonora de *La viuda alegre*.

Por desgracia, no puedo presentarle a Gustav Klimt, Egon Schiele ni Oskar Kokoschka; ni tampoco a Otto Wagner ni a Adolf Loos, ni al doctor Freud o el doctor Schnitzler. Apenas alcanzará a atisbarlos en fugaces apariciones (como cameos, podríamos decir) a través de los escaparates de una cafetería brillantemente iluminada. La mayor parte del reparto de mi película —¡y, por favor, no deje que este hecho le haga

abandonar la sala!— está conformada por filósofos solamente. Su condición es muy variada, pero a todos los une el mismo interés absorbente: la ciencia.

Si tras esta revelación sigue conmigo, permítame esbozarle brevemente el argumento:

En 1924, se unieron el filósofo Moritz Schlick, el matemático Hans Hahn y el reformista social Otto Neurath con la intención de crear en Viena un círculo filosófico. En aquel momento, Schlick y Hahn eran profesores de la Universidad de Viena, y Neurath, director del Museo vienés de Sociedad y Economía.

Desde aquel año, el grupo se reunió con regularidad los jueves por la tarde en una pequeña aula universitaria que había en una calle bautizada en honor al físico austríaco Ludwig Boltzmann, donde debatían cuestiones filosóficas como los rasgos que caracterizan el conocimiento científico; si los enunciados metafísicos tienen algún significado; qué confiere a las proposiciones lógicas semejante grado de certidumbre o por qué son aplicables las matemáticas al mundo real.

El manifiesto del Círculo de Viena proclamaba: «La cosmovisión científica se caracteriza no tanto por tesis como por su actitud básica, sus puntos de vista y la dirección de sus investigaciones».<sup>2</sup>

El Círculo pretendía crear un sistema filosófico basado por entero en la ciencia sin discursos intelectualoides de profundidades insondables ni oscurantismos ultramundanos: «En cuestiones de ciencia no hay “profundidades”, sino que todo es superficie. Toda experiencia forma una red compleja que nunca puede inspeccionarse en su totalidad y que a menudo solo puede alcanzarse a comprenderse por partes. Todo es accesible al hombre, que es la medida de todas las cosas».

El Círculo de Viena avanzó con paso resuelto por la senda marcada por Ernst Mach y Ludwig Boltzmann, dos físicos descollantes que habían enseñado filosofía en la Viena de finales del siglo XIX y principios del XX. Los otros tres faros que guiaban a aquella reducida hermandad de pensa-

dores eran el físico Albert Einstein, el matemático David Hilbert y el filósofo Bertrand Russell.

No habría que esperar mucho para que las discusiones del Círculo de Viena se vieran dominadas por un delgado volumen de reciente publicación. Se trataba del *Tractatus Logico-Philosophicus*, escrito por Ludwig Wittgenstein mientras cumplía su servicio militar en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Tras renunciar a una herencia descomunal, Wittgenstein había empezado a trabajar de maestro colocado de maestro en una escuela primaria de la región rural de Baja Austria. Aun así, tras un tiempo, empezó a tratar con unos cuantos integrantes del Círculo de Viena y aquella relación lo llevó de nuevo a la senda de la filosofía.

El Círculo de Viena no quería tener vínculo alguno con las sacrosantas (y a menudo rígidas y apolilladas) tradiciones filosóficas: «La cosmovisión científica no conoce acertijos irresolubles. La aclaración de los problemas filosóficos tradicionales conduce con frecuencia a su desmascaramiento y su revelación como pseudoproblemas, mientras que otras veces los convierte en problemas empíricos que, por lo tanto, pueden someterse a los métodos de la ciencia experimental. La labor filosófica debe centrarse en esta clase de aclaración de problemas y enunciados en lugar de en la elaboración de enunciados “filosóficos” especiales».

Al grupo se unieron neófitos de gran talento, como el filósofo Rudolf Carnap, el matemático Karl Menger o el lógico Kurt Gödel. Estos tres, en concreto, habrían de llevar a cabo más adelante una radical redefinición de las fronteras entre la filosofía y las matemáticas. El filósofo Karl Popper también entabló una estrecha conexión con sus miembros, aunque nunca lo invitaron a sus reuniones.

El Círculo de Viena se convirtió enseguida en el centro mundial del movimiento llamado *empirismo lógico*, de modo que no faltaron pensadores de relieve que recogieran el testigo de sus debates en Praga, Berlín, Varsovia, Cambridge y Harvard. En 1929, renovó su presencia pública mediante sus propias publicaciones periódicas, charlas, libros y series de

conferencias. Este cambio significativo estuvo anunciado por la aparición de un manifiesto titulado *La cosmovisión científica*.\*

El documento no constituía tanto una partida de nacimiento —pues, a fin de cuentas, el grupo de Schlick tenía ya cinco años de vida— como un certificado de bautismo. El nombre de Círculo de Viena (*Wiener Kreis*), propuesto por Otto Neurath, era nuevo y pretendía evocar asociaciones positivas con elementos como los Bosques de Viena (*Wienerwald*) o el vals vienés (*Wiener Walzer*), así como servir a modo de marca registrada. El contenido del manifiesto hacía las veces de letrero indicador que anunciaba no ya una nueva escuela filosófica, sino también una declaración de intenciones sociopolítica. «La cosmovisión científica está al servicio de la vida y la vida la abraza».

Los autores del manifiesto pertenecían al ala izquierdista de aquel exiguo grupo y no ocultaban su ardiente deseo de reformar la sociedad de pies a cabeza. La Sociedad Ernst Mach, fundada por miembros del Círculo de Viena en 1928, estaba consagrada a «difundir la cosmovisión científica». Se puso del lado de la Viena Roja socialdemócrata en la lucha política por reformas en ámbitos como, sobre todo, la vivienda y la educación. (Pese a su nombre, la Viena Roja, *Rotes wien* en alemán, no era un movimiento comunista, sino solo el apelativo que recibió la ciudad el tiempo que estuvo gobernada por los socialdemócratas, desde 1918 hasta 1934).

## CAFÉ Y PURO

El Círculo de Viena y la Sociedad Ernst Mach no tardaron en convertirse en uno de los blancos favoritos de las corrientes antisemitas y derechistas

\* Aunque el título «Die wissenschaftliche Weltauffassung» se ha traducido a menudo —por motivos excelentes— como «La concepción científica del mundo», «La cosmovisión científica» suena mejor. [Por respetar el criterio del autor, se da aquí el título en español como *La cosmovisión científica* cuando, en realidad, se ha traducido como *La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002. (N. del T.).]

que existían en la capital. El clima político se estaba volviendo cada vez más amenazador. Durante su segunda fase, la etapa pública, el Círculo fue desintegrándose poco a poco.

Carnap se mudó a Praga, y Wittgenstein, a Cambridge. Tras la guerra civil austríaca de 1934, se prohibió a Neurath regresar a Austria. Aquel mismo año, Hahn murió de forma inesperada. El joven Gödel, por su parte, tuvo que pasar un período tras otro en hospitales psiquiátricos. En 1936, Schlick murió asesinado por un antiguo alumno en las escaleras del edificio principal de la universidad. Poco después, Menger y Popper, indignados ante el estado de ánimo predominante entre el público, decidieron emigrar. La mayoría de los miembros del Círculo abandonaron Viena mucho antes de la «limpieza» que siguió al *Anschluss* (la anexión de Austria por parte del Tercer Reich), pero no todos. En 1940, en plena guerra, Kurt Gödel llegó al fin, rezagado, a los Estados Unidos contra todo pronóstico. Había tenido que hacer un rodeo colosal a través de Siberia, Japón y el vasto océano Pacífico.

El Círculo, a esas alturas famosísimo, había perdido sus raíces vienesas, raíces que no recuperaría hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, logró hallar refugio en los países anglosajones, desde los cuales ejerció una influencia trascendental en la historia intelectual y científica del siglo XX y dio forma de un modo decisivo a la filosofía analítica, la lógica formal y la teoría económica. Sin ir más lejos, los algoritmos y los programas informáticos que están hoy omnipresentes en nuestra vida cotidiana tienen, en parte, su origen en las investigaciones abstractas de Russell, Gödel y Carnap en torno a la lógica simbólica y la computabilidad.

Si en el tapiz complejo y variopinto del Círculo de Viena tienen cabida historias de asesinatos y suicidios, aventuras pasionales y crisis nerviosas, persecuciones y huidas precipitadas, el hilo principal que lo conforma es la secuencia ininterrumpida de acalorados debates entablados entre sus integrantes. En modo alguno fue el colectivo intelectual que habían soña-

do algunos de cuantos lo componían ni la clase de congregación de que lo acusaban de ser sus oponentes. En su seno abundaron vehementes controversias y callados recelos. ¿Qué otra cosa cabe esperar cuando se juntan los filósofos?

Al principio del relato, cerca de los albores del siglo xx, en el salón de actos de la Academia de Ciencias de Viena, los físicos Ludwig Boltzmann y Ernst Mach presidieron un debate anunciado a bombo y platillo sobre la cuestión candente de si existía el átomo. Al final del relato, un año después de acabar la Segunda Guerra Mundial, Karl Popper y Ludwig Wittgenstein entablaron un feroz enfrentamiento en una lujosa sala de estar de Cambridge sobre la cuestión palpitante de si existían los problemas filosóficos. En los cincuenta años aproximados que mediaron entre tan simbólicos debates, Viena representó en el ámbito de la filosofía un papel tan influyente como el que había desempeñado antaño en el de la música.

El Círculo de Viena se hallaba en el centro mismo de aquel período extraordinario de esplendor intelectual, convertido en reluciente pináculo de pensamiento exacto ante un telón de fondo de fanatismo salvaje y maníaca estupidez. Nuestros denodados filósofos eran muy conscientes de que se encontraban en la cubierta peligrosamente inclinada de un barco que zozobraba; pero tal cosa no hizo sino imprimir una urgencia mayor a sus discusiones, que versaban sobre los límites del conocimiento. Todo apuntaba a que tenían poco tiempo. Algunos de los músicos de a bordo habían empezado ya a guardar sus instrumentos.

Hoy da la impresión de que aquella nave se hundió hace ya mucho. En nuestra era, millones de científicos y cientos de millones de amigos y familiares suyos dan por garantizada la cosmovisión científica. Si se les apura, reconocerán que puede verse amenazada por fundamentalistas religiosos de toda clase de credos, por un aluvión debilitante de cultura basura o, simplemente, por una falta de interés público de dimensiones epidémicas. Comparado con el resto de los peligros a los que nos enfrentamos, los que arrostra la ciencia pueden no parecer urgentes. Sin embar-

go, como revela la historia del Círculo de Viena, las cosas pueden cambiar de la noche al día.

El relato épico de la ascensión y caída del Círculo de Viena ocupa menos de medio siglo. El camarero de una cafetería podría haber sido testigo de toda su historia desde un lugar privilegiado, por decirlo así. De Piccolo, o camarero novato, habría servido un *Einspänner mit Schlag* (o sea, un café solo con nata montada) al corpulento Ernst Mach —el ojito derecho de una Viena imperial aturdida por el vals—, a quien habría tratado con el título honorífico de *Hofrat*, y siendo ya un anciano encorvado que respondía a la voz de *Herr Ober!*, se habría compadecido de un Wittgenstein de cara larga que protestaba por lo imbebible del sustituto del café (*Ersatzkaffee*) que se consumía en la posguerra.

Si fuese yo un Jim Jarmusch, transmitiría el relato del camarero a través de una serie de episodios breves que conformarían una película titulada *Café y puro*; pero, desgraciadamente, no soy ningún artista, sino solo un profesor universitario anciano y encorvado que creció a la sombra del Círculo. Por lo tanto, me limitaré a contar su historia desde el comienzo, de la mejor manera que me sea posible.